

:: LAS CUEVAS DE LA PUERTA DE VALENCIA ::



Algunas de las mujeres que viven en las Cuevas.

El hombre de las cavernas en pleno siglo XX



Vista general de las Cuevas.



Grupo de chiquillos que habitan en las Cuevas.

Días pasados contemplábamos los grandiosos edificios de las inmediaciones del Altozano y alguien al oír nuestros elogios, nos dijo: «Y sin embargo, a menos de quinientos pasos, tienen ustedes gentes que viven en inmundas cuevas; en la llamada Puerta de Valencia». Aquello picó nuestra curiosidad; nunca habíamos ido por allí; la vida en Albacete se hace en 4 o 6 calles céntricas, y de la calle de Salamanca raro es el que cruza hacia allá. Reunidos dos o tres compañeros acompañados del fotógrafo, decidimos visitarla.

A poco más de cien pasos del mercado de la Plaza de las Carretas, rodeada de casas y calles, vemos una explanada que semeja un anfiteatro romano; en el centro montones de basuras y desperdicios se descomponen a todo viento; en el fondo se ven las viviendas, si así pueden llamarse unas inhóspitas cuevas, alinean sus puertas abiertas cual fauces de extraños animales la frente armada del recio cuerno que mienten las chimeneas.

Avanzamos; una nube de chiquillos sucios, con las carnes quemadas por el sol, descalzos de pie y pierna, nos rodean curiosos, han visto al «hombre de la bata»; como familiarmente le llama Rafael, armar su tripode; saltan, gritan, aplauden, en una explosión de alegría; todos quieren retratarse; «Quieren salir en el cine» y pasamos mil ápuros para que dejen tomar un grupo de mujeres, que mientras asean la cabeza o sus rugosas manos, mueven ágiles las bruñidas agujas de hacer media, comentan las cosas salientes de sus pobres vidas.

Visitamos una cueva por una abertura encalada de metro y medio de altura, penetramos en un estrecho pasillo subterráneo; a ambos lados se ven unas hornacinas poco mas amplias, que en las que se empotran, las tinajas en las subterráneas bodegas manchegas y que ellos llaman pomposamente *habitaciones*.

Esperábamos ver de un momento a otro salir de

visitarlas el hombre primitivo de las cavernas con su gesto fiero, medio desnudo el cuerpo y la crespa y larga cabellera agitada por el viento como una melena de león.

En aquellas fementidas viviendas habitan hasta 6 y 8 personas. Una rubita de siete años, con la gracia y la alegría propias de los chiquillos y bonita, nos informa parlanchina: «Mi casa es aquella; no tiene más que la cocina y una habitación, por eso mis hermanos y yo dormimos debajo de la chimenea». Lo que no dice la nena es que no tienen más luz ni ventilación que las que penetran por la pequeña puerta.

Las cuevas de la Puerta de Valencia cercan un muladar y son un rincón feo dentro de la población. Los habitantes de las cuevas son propietarios de las mismas, llegando a pagar por ellas 70 duros y más. Si se expropiaran y edificasen unas casas baratas, podría reservarse el derecho de preferencia ganando ellos y el ornato da Albacete.

La decana es la *señora* María «la Maquinanta que vivió allí 70 años, toda su vida.

Bajo el único árbol, a cuya sombra está el rústico brocal del pozo que abastece de agua a aquella pobre gente, se agrupan los chiquillos y sus alegrías llenan un momento de armonía aquellos tristes lugares.

Unas gallinas picotean en los estercoleros, perros y burros cruzan la explanada y viven en prontiscuidad con sus dueños.

Cuando llegaba la noche nos alejábamos de aquellos parajes. Las cuevas muestran sus fauces abiertas y las cónicas chimeneas semejan blancos fantasmas de pesadilla al recortarse en el oscuro cielo.

Al emprender el regreso pensábamos en el duro contraste de aquellas cavernas con el confort y el lujo de los grandiosos edificios construidos a menos de doscientos pasos, en una ciudad moderna y en pleno siglo XX.

Fotos, Escobar

LOHENGRIN



La señora María "La Maquinanta", decana del lugar.